

de los casos, el derecho de elegir candidatos para las jefaturas de departamentos y dirección de escuelas; pues hemos juzgado que si nos proponemos educar hombres libres, debemos empezar por hacer maestros libres. Lo que equivale a decir: páguese a los maestros lo más que sea posible y permítaseles que se organicen según su propio saber y experiencia; un saber y experiencia que será superior, por lo menos, al criterio del político o de los Consejos Ejecutivos que en otras partes manejan los colegios.

EL PROBLEMA DE LA INFANCIA

JUNTO con la necesidad de mejorar las condiciones económicas y sociales de los maestros, hemos tenido que afrontar el problema de las necesidades del niño. Naturalmente no nos hemos preocupado mucho por los hijos de los ricos, puesto que sus padres pueden atenderlos, y el deber del Estado consiste en ayudar a los que lo necesiten, mostrándoles preferencia. Nuestras antiguas instituciones educativas, aunque limitadas en número, se hallaban perfectamente organizadas conforme a los más modernos métodos pedagógicos; pero en nuestro esfuerzo de reconstrucción la realidad nos ha obligado a hacer a un lado un sinnúmero de bellas teorías.

Por ejemplo: teníamos escuelas de niños anormales en las que se practicaban exámenes cuidadosos, anotados en registros que después servían para formar conclusiones generales más o menos triviales. Tuvimos que acabar con estos lujos de dudosa utilidad inmediata, y con excepción, por supuesto, de los sordomudos y ciegos, que asisten a planteles especiales, reunimos a todos los niños en el mismo tipo de escuela primaria, y en todas ellas establecimos el desayuno

escolar, gratuito, para los pobres. De esta manera, lo que ahorramos en médicos lo gastamos en pan; le experiencia nos ha demostrado que una buena ración matinal es mucho más eficaz que el médico para curar la debilidad del carácter y la lentitud del pensamiento. Subsiste, por supuesto, el servicio médico, que practica visitas periódicas a las escuelas; pero tratamos de hacer comprender a los médicos que no nos importa mucho que aconsejen a los niños ni que nos remitan largos informes escritos, sino que la Nación les paga para que curen. El médico, antiguamente, se ocupaba de recetar drogas que, en la generalidad de los casos, el niño no podía comprar: hoy aplica directamente el tratamiento, y el resultado es que estamos a punto de desterrar las enfermedades de la piel, que antes se consideró imposible combatir dentro de la escuela. Nuestro servicio dental gratuito se está extendiendo a todas las escuelas, y, a medida que disponemos de fondos, establecemos en cada escuela, también gratuitamente, baños, estanques de natación y campos de recreo. En realidad nuestros planes son tan amplios, que acaso sean censurados por pretender abarcar demasiado; pero de todas maneras debo hacer constar que los maestros—hombres y mujeres—que participan en nuestra obra, tienen la convicción de que no sólo desempeñan una función cívica, sino que trabajan en una especie de moderna cruzada para la elevación y liberación de los espíritus y el mejoramiento de los cuerpos de sus semejantes; por eso el fervor que ponen en su obra es un fervor religioso, y la recompensa que reciben no está en el dinero ni en los ascensos, sino en el entusiasmo apostólico, en el goce místico que los anima y sostiene.

(Concluirá en el número próximo).

4) Juan Ramón Molina

POR J. W. CHANEY

(Concluye. Véanse los números 23, 26 y 27 del tomo en curso)

La nota melancólica de los versos de Molina es indicio de su romanticismo:

«Siento la nostalgia de un mundo muerto, y, como el dulce Musset, creo que he nacido tarde, que esta época no es la mía, que son otros mis tiempos.

»Porque yo, hijo enfermo de este siglo, producto de una civilización sin ideales, fruto de un árbol ya viejo, semibárbaro del Nuevo Mundo, debí haber venido en los albores de la humanidad, en la aurora del paganismo, en la riente mañana de la Tierra, cuando Jove era fuerte con su haz de olímpicos rayos y Juno dejaba escapar de su seno divino una cascada de gotas de leche.

»Entonces, oh mar, oh sol, oh viento, habría cantado en el grandioso ritmo helénico, acompañándome de la lira de tres cuerdas de Orfeo, un himno religioso y sereno, que tal vez hubiera sido propicio a los amados dioses inmortales».⁽¹⁾

ANHELO

¡Viviese yo en los tiempos esforzados de amores, de conquistas y de guerras, en que frailes, bandidos y soldados a través de los mares irritados iban en busca de remotas tierras!

No en esta triste edad en que desmaya todo anhelo—encumbrado como un monte—

(1) Para la teoría esencialmente modernista de Molina, véanse también *Prosas*, pp. 97, 157, 210, 225.

y en que poniendo mi ambición a raya herido y solo me quedé en la playa viendo el límite azul del horizonte!

En «Los ojos de los niños», se lee lo siguiente:

Mas dicen los ojos
con un elocuente silencio:
—¡Qué opaco y marchito es el mundo
que nosotros vemos!
¡Felices los hombres que nacen
a la vida ciegos!

Entonces la Muerte,
que se halla en acecho,
se acerca de pronto a los niños,
que la ven sonriendo,
y cierra de un golpe sus cándidos ojos
con la punta glacial de sus dedos.

El poema titulado «En alta noche» es notablemente romántico. En él encontramos palabras tales como murciélago, que es una de las favoritas de la escuela del romanticismo; o ataúd y capuz. Veamos ahora su poema «En la alta noche»:

En la alta noche, cuando el mundo duerme
en completa quietud,
cuando los foscos genios de las sombras,
que aborrecen la luz,
sus membranosas alas de murciélago
abren bajo el capuz,
que encierra este planeta miserable
como en un ataúd:
cuando el insomnio irrita nuestros ojos
cargados de sopor,
cuando parece caminar muy lenta
la aguja del reloj;
cuando en el aire de repente dice
nuestro nombre una voz;
cuando nos tienta una invisible mano
causándonos terror:
cuando la sangre a la menor sorpresa
golpea nuestra sien,
y contenemos nuestro aliento tímido
ignorando por qué;
cuando una negra turba de recuerdos
nos hostiga cruel
y anonadarse sin dolor sentimos
nuestro embotado ser:
cuando la orquesta de los grillos lanza
su chirrido sin fin,

Estando sentado en el Parque Bolívar, en presencia del poeta Alvarez Magaña, compuso Molina «Los cuatro bueyes», quizá el más sugestivo de sus poemas. Describe cuatro bueyes enyugados que arrastran carretas excesivamente cargadas, a las que están siempre sujetos sin poder nunca libertarse. Están cerca del parque, que para Molina es un cementerio cerrado hace muchísimo tiempo. Cansados de su penoso trabajo, duermen los bueyes y sueñan con los campos floridos, los prados verdes, las fuentes murmuradoras y las aves canoras.

Hermano soy en la pena
miseros bueyes, hermano;
mas es en balde que sueñe
como vosotros. Tirando
siempre estaremos. Vosotros
de una carreta con fardos,
y yo del orbe sombrío
de mi espíritu fantástico.